

Socorro Girón: Una madre que todavía lloro

Roberto Ramos Perea
Dramaturgo, Investigador y Crítico de Teatro

Yo recuerdo a Socorro Girón de muchas maneras.

Déjenme contarles alguna de todas las que fueron placenteras a mi corazón y fieles a mi amor por ella. Y adelanto esto porque no quiero que esta breve remembranza tan personal como sincera, se vuelva demasiado académica diciendo títulos y fechas que ni ella misma agradecería. Si algo era Socorro era modesta con su inteligencia. Hacía su trabajo de hormiguita laboriosa con tal paciencia y desapego que, a veces, hasta me parecía un monje tibetano ante un esplendoroso mandala que podría desaparecer con un soplo del viento.

En el mundo de las letras, los escritores, los investigadores, los historiadores y los dramaturgos, como en mi caso, somos gente que realiza su oficio en medio de profundas soledades. Somos los tripulantes de una nave que cruza un universo lleno de planetas inexplorados, de supernovas, de galaxias y nebulosas que nos tragan la luz de nuestra curiosidad hacia los recónditos espacios más oscuros y profundos de la imaginación literaria. Socorro escogió ser navegante de un universo de sorpresas. Y, por muchos años, me llevó con ella en ese viaje.

No sé si hará falta enumerar todos los títulos de su magna obra, la que descubrió en esos viajes, que es de lo más ignoto de nuestra literatura puertorriqueña. Son muchos títulos, muchos viajes en el tiempo que Socorro iniciaba con el inmenso placer de descubrir cosas. Para Socorro descubrir era respirar. No podía estar tranquila hasta que no hallara el dato preciso, la fecha exacta, el lugar correcto... Y me tiraba de la mano, y me gritaba alegre diciéndome “¡Ven!” con toda la ansiedad de un niño que rompe su juguete para ver lo que tiene dentro.

Recuerdo su amplia sonrisa de sorpresa cuando podía relacionar datos literarios con la historia o con la vida de algún escritor, o relacionar un proceso histórico con alguna obra oculta en el despeñadero de las lejanas bibliotecas. Todo lo que era Socorro Girón era siempre una sorpresa entusiasmada. “Tengo que encontrar esto”, “dime si sabes algo de esto otro”, “relaciona esto con aquello”... y me llamaba, a cualquier hora, a ella no le importaba, y me decía siempre con su frasecita pícaro: “Encontré algo para ti que te va encantar”. Y yo siempre vivía sediento de esos encantamientos.

Con ella inicié mis estudios de historiografía teatral. A principios de los ochenta, cuando estaba en pleno apogeo la “nueva historiografía”, todo el mundo empezó a trabajar “nuevas historiografías” de todo: de la emigración, de la economía, de las luchas obreras, de la cultura afropuertorriqueña... pero nadie la había hecho del teatro. Y del Siglo XIX mucho menos, materia de estudios que era tan exótica como estudiar la vida en Marte.

Y yo ya estaba decidido a estudiar la historia de nuestro teatro desde otras perspectivas menos “académicas” o “literarias”. Yo empecé a enamorarme de la sociología del teatro, bajo las cuidadosas lecciones de Socorro Girón. Ella fue la primera socióloga de nuestro acervo dramático. Había escogido un oficio sorprendente; y ese oficio, que practicó excelentemente en sus escritos, era el oficio de “relacionar”, de unir sentidos, de instalarse en las épocas y de comprender que no podíamos ver con los ojos de hoy lo que había sido criado ante los ojos del ayer.

Comencé mi discipulado cuando ella estaba en la fase final de su magno libro *Puerto*

Rico en su teatro popular, en el que además de rescatar para la historia diez maravillosas muestras de nuestro teatro nacional, las “relacionaba” con nuestro acontecer histórico, las ubicaba en la vorágine de nuestras luchas y cotidianidades, y asociaba documentación no teatral a los parlamentos mismos de las obras. Tenía la insistencia, la enjundia y el detallismo de un tratadista. No estaba tranquila hasta que no hubiese hallado todo lo que podía contextualizar la obra para, de esa manera, engranecer lo que por muchos años había sido una mera mención o una nota al calce.

Yo viví ese proceso con ella mientras, por mi parte, estudiaba bajo su faro el teatro romántico, el de los artesanos y el de los negros puertorriqueños del siglo XIX, materia en la que me he especializado, gracias a su potente manera de enseñarme.

Hasta que Socorro dio a luz sus trabajos, muy pocos académicos habían tomado en serio nuestra historia teatral. Y no olvidemos que es en el teatro, y no en ningún otro género, donde se acrisolan las relaciones que dan vida a la identidad. Una obra de teatro la ven miles de personas; ¿cuánta gente lee una novela o un poemario? En un siglo XIX tan mísero y torturante como el nuestro, el teatro era la tabla de salvación del ser nacional. Y nadie había estudiado eso. Y los pocos estudios tenían, entre sus páginas, la abulia y la vagancia crítica de quien se conforma con citar lo sabido o improvisar la justificación del gusto. Además de sus muchas tareas como poeta, crítica, académica, antóloga, recopiladora de obras completas, Socorro levantó del escabroso suelo el trabajo histórico teatral incompleto y fragmentado del Maestro Emilio Pasarell, a quien ella consideraba su Maestro y uno de sus más queridos amigos.

Socorro superó por mucho el trabajo crítico dramático de Angelina Morfi -trabajo preñado de opiniones, más que de investigaciones- y rivalizó con el moderno y excepcional trabajo de Jesús Dávila Santiago sobre el teatro obrero. Al arrimarse a las buenas

y cálidas luces de la sociología, Socorro dio una nueva vida a los estudios sobre nuestro teatro, que ya palidecían en la trivialidad.

La sociología del teatro viaja por los mecanismos de producción, la instalación en su contexto, la biografía y las intenciones del autor y la recepción crítica; relaciones que son los fundamentos de nuestra especialidad. Ella nos dio un marco teórico histórico imprescindible.

No olvidemos como uno de sus más inmensos méritos que Socorro Girón será la difusora, crítica y editora de la primera obra teatral costumbrista de Puerto Rico, *La Juega de Gallos y el Negro Bozal* de Ramón C. F. Caballero, escrita en 1852. Junto a esta fundamental labor de difusión me cupo el privilegio de descubrir la primera obra de teatro y el primer libro escrito y publicado por un puertorriqueño en Puerto Rico en el año 1833 – diez años antes del Aguinaldo Puertorriqueño. Esa obra se llama *Mucén o el triunfo del Patriotismo* del joven sanjuanero Celedonio Nebot. La edición de Socorro de *La Juega de Gallos* y mi descubrimiento del *Mucén...* abrieron la autopista de los estudios y descubrimientos posteriores sobre las primicias de nuestra literatura. Ese honor lo reclamo a nombre de ambos.

"Teatro Puertorriqueño: Historia y vida" tituló uno de sus más potentes ensayos en los que disgregó sobre los alcances de su propia obra y que fue recibido con gran respeto e interés en el 4to Seminario de Dramaturgia de San Juan en 1986. Si bien Jesús Dávila nos había mostrado los alcances marxistas que entre él y Ricardo Campos habían desarrollado sobre el teatro obrero, Socorro le dio al teatro popular puertorriqueño la dimensión de una lucha; no solo de clases, sino de definiciones. Yo siempre me he alumbrado con las antorchas marxistas, pero esas luces nunca me hubiesen alumbrado más si no hubiese sido por la insistencia de Socorro de “relacionar” lo que entre las luchas de clases y la lucha por la identidad descubrió ella para obsequiarnoslo.

En esta misma Universidad presenté su libro *Ponce, el Teatro la Perla y la Campana de la Almudaina* en 1987, y lo hice con tal placer, como quien paga una deuda de amor. Considero que es el libro más importante sobre la historia de Ponce que se haya escrito, pues reescribe esta historia en torno a la vida de su monumento mayor, en ese espacio de relación social fundamental que es el Teatro la Perla. Es la relación de la vida de un pueblo con sus aspiraciones culturales que, unidas a las aportaciones de inmigrantes y criollos, formaron la comunidad que late hoy en las calles de la Perla del Sur.

No sé si alcancé a retribuir el gran cariño que me profesaba en las muchas visitas a su casa y en las largas horas que, junto a Florence, mi esposa entonces, con mi hijo Julián en sus brazos, nos hacía sentir como si fuéramos su familia. Recuerdo el día en que, sentados a su mesa, a mí, a quien ella llamaba su “hijo postizo”, me mostró el primer manuscrito de su biografía del gran dramaturgo, poeta e historiador, Ramón Marín. Con un gesto insatisfecho me miró y me dijo, “he recopilado todo lo que he encontrado, pero sé que me falta mucho más. No encuentro casi nada en las bibliotecas de acá ni en las de EU; ¿me puedes ayudar?”. ¡El Maestro pedía ayuda a su discípulo! ¡Qué honor!

Con qué gusto me lancé a los periódicos a buscar aquellas críticas y comentarios que puso en su libro sobre las obras *El Hijo del Amor* y *Lazos de Amor* de este potentado dramaturgo arecibeño, que había vivido casi toda su vida en Ponce. Con qué alegría las recibí cuando se las traje y le dije, igual que me decía ella a mí: “Encontré algo para ti que te va encantar”.

En aquella época no había procesadores de palabras, ni computadoras, ni mucho menos internet. Nos íbamos a maquinilla; y, si te equivocabas: tinta blanca y pegajosa y ruégale a Dios que no se vea manchado. En la soledad secreta de su cuarto, Socorro Girón pasó a maquinilla, ella solita, TODA LA OBRA de

Luis Bonafoux: 12 o 13 gruesísimos tomos. Socorro admiraba la obra de aquella víbora irrespetuosa que había repartido sablazos críticos a todos los escritores puertorriqueños, desde Tapia hasta Derkes. Y yo le preguntaba “¿por qué te gusta tanto este loco demente que no respeta a nadie?” Y ella me contestaba: “Hay que ser muy inteligente para ser un buen irrespetuoso”. Sobre Bonafoux nunca coincidimos, pero su obra sobre él es un monumento a la tenacidad académica.

Socorro nunca me quiso heredar dudas. Recuerdo cuando estudiábamos a Derkes que yo le pregunté si sabía algo de donde estaría su tumba. Y ella, sin encomendarse a nadie, salió a pulular por los estrechos parajes del cementerio, removiendo las yerbas de las lápidas hasta que dio con la mencionada tumba, consiguió su certificado y me los dio sin más interés que mi sonrisa de gratitud.

Ella sabía que su obra debía permanecer. NO era inmodestia; era todo lo opuesto, era servicio desinteresado a la cultura de nuestra Nación. Socorro se empeñó en fundar este Centro de Estudios y como magna contribución a ese empeño redactó tres informes de sus donaciones que son, en sí mismos, tres tomos invaluable de historia literaria puertorriqueña, mayormente centrada en el trabajo cultural del Ponce decimonónico y de entre siglos. Esos tres informes siempre han sido obligada consulta en mis trabajos. Por igual, Socorro recopiló todos los ejemplares de los tres periódicos más importantes del Ponce decimonónico: “El Ponceño”, “El Fénix” y “La Azucena” de Tapia. Quisquillosa, no descansó hasta encontrar el último número de cada uno de ellos, llorando lágrimas de sangre por aquellos ejemplares que la desidia del tiempo se había tragado.

Su hazaña de encontrar todos los números de “La Azucena” del Maestro Alejandro Tapia y Rivera, con el tiempo rindió sus frutos. Hoy, con inmensa satisfacción, le hago entrega, al Centro de Investigaciones que ella fundó en esta Universidad, de la hermosa

reedición de todos los números, los existentes y los encontrados por ella, los cuales publicamos en el Instituto de Literatura Puertorriqueña bajo el cuidado del gran editor Pepe Carvajal.

Con qué fiereza Socorro se lanzó a recopilar todo lo que existía sobre el dramaturgo aguadillano Ramón Méndez Quiñones, quien, al parecer, pues nunca me lo confirmó, era pariente lejano suyo. Averiguó todo lo que pudo. Y me encendió de preguntas, me incitaba a seguir su trabajo, a seguir buscando y relacionando estas obras con la historia, que para ella eran las primeras muestras de un criollismo teatral de valor incalculable.

En ese momento mis luces marxistas me iluminaron más que su amoroso consejo y me lancé a buscar, justo donde ella se había quedado. Y lo que yo encontré... a ella no le encantó. Fue su primer y único enojo conmigo. A aquel dramaturgo que ella había idealizado, al que le había dedicado largas horas de crítica, de investigación y edición, yo le había descubierto que había sido un asesino. Ella, si lo sospechaba, nunca me lo dijo. Escribí y publiqué en la *Revista del Ateneo* un largo ensayo sobre su personalidad contradictoria, su deslealtad puertorriqueña por su lealtad española, sus crímenes abusivos y, finalmente, el homicidio por su mano del periodista separatista Francisco Terreforte. Estaba herida y me lo dejó saber. Incluso, me dijo: "No debes escribir sobre esas cosas tan privadas".

Semanas después me llamó para pedirme excusas, porque, si bien le había dolido el ensayo, ella sabía que mi escrito tan "privado" era una contribución importante para conocer a ese dramaturgo. Ese día Socorro me recordó la importante lección del amor por la verdad, aunque esta no sea del agrado nuestro. De todas maneras ella siguió amando a su pariente lejano en la distancia de los años. Yo pasé la página y me concentré en otros nombres.

Luego de eso Socorro enfermó. La visité varias veces más; siempre alegre y cariñosa

conmigo y mi familia, y siempre pícara y coqueta hablándome de lo que estaba por hacer, de lo mucho que quería su Centro, de su preocupación por sus libros, que eran sus relucientes tesoros... y luego, algunas semanas después, me dieron la noticia.

La lloré. Todavía la lloro. Mi veneración por su generosa inteligencia siempre me ha sostenido ante la caterva mediocre y mezquina que uno se encuentra en los pasillos intelectuales del país.

Socorro Girón fue una madre para mí. Y cuando se muere una madre, todo lo que uno es llora sin parar. Sus libros están junto a mi escritorio. Casi todo el tiempo los abro, los releo, los rebusco, los estudio, los admiro, los celebro y los venero. ¿Quién no podría amar esos dos tomos tan iluminados que escribió sobre la biografía del gran Gautier Benítez? ¿O los que publicó sobre todos los Benítez escritores que fueron magnas plumas de nuestro Siglo XIX?

En las celebraciones sobre la Aportación Cultural de la Mujer que se ofrecen en estos días, yo recuerdo a esa madre intelectual mía con cariño de hijo agradecido. Recuerdo su ampulosa risa, como cuando decía palabrotas gruesas contra algún académico mediocre o algún político; recuerdo su brote de divertida furia cuando alguien se atrevía a llamarla "Socorro Girón de Segura" y ella refunfuñaba diciendo, "¡que yo no soy de nadie, carajo, que yo soy mía!".

Esta "maravillosa señora" como la llamó su querido Benito Vilardell, merece todo lo que podamos darle a su memoria. Agradezco que me hayan invitado a recordarla y excúsenme que no haya hablado de asuntos académicos. Hablé de Socorro como la quise y la admiré, como una de las mujeres más valiosas e importantes de nuestra literatura toda. Siempre la recordaré como mi Maestra, como mi Madre, como mi amiga, como ese ¡iluminado ser!... que dio tanto de sí por la Patria que la vio nacer.